

XI.

A las ocho de la mañana del siguiente día volvió á abrirse al público la sesión.

El fiscal leyó entonces su pedimento.

En aquella pieza estaban aglomerados los cargos sobre los reos con una energía terrible.

Cada inculpación estaba comprobada con un documento oficial publicado por el gobierno imperial.

Era el rayo hiriendo la conciencia de los reos, era la avalancha desplomándose sobre los imprudentes que habían intentado escalar la montaña, era la justicia de la república arrojando sobre la balanza reguladora las lágrimas sin cuento y los torrentes de sangre que le habían arrancado los tres acusados.

Terminó pidiendo para ellos la pena de muerte.

Entonces se escuchó por todos los ámbitos del teatro un grito agudo, desgarrador, vibrante, como no es capaz de arrojarlo garganta humana.

Pareció que había salido del fondo del palco que ocupaban las hermanas de la caridad.

La puerta del palco sonó con estrépito se oyó un murmullo de voces que se perdían por el corredor y todo quedó en silencio.

El palco estaba vacío.

Concluido el parecer fiscal la defensa continuó más viva, animada y tempestuosa.

Cada uno de los defensores fué aglomerando cargos sobre el fiscal. Se hicieron protestas, se habló de nuevas irregularidades en la sustentación del proceso durante la suspensión de la sesión, se anunció abdicación formal de Maximiliano, se recurrió al fin á todos los medios posibles para salvar á los reos.

Terminadas las defensas se cerró la sesión pública y comenzó la secreta para sentenciar.

El consejo permaneció en sesión hasta las diez de la noche, hora en que se disolvió.

Y entonces, aunque se había guardado un profundo secreto, una noticia vaga y negra recorrió como una sombra por la ciudad.

Los tres reos estaban condenados á muerte.

En efecto así era, y al momento en que el general en jefe se conformó con la sentencia el fiscal la comunicó á los reos.

El telégrafo anunció al presidente de la República, que Maximiliano de Hapsburgo y sus generales entraban en capilla esa misma noche.

CAPITULO TRIGESIMO PRIMERO.

LA PRINCESA SALM SALM.

I.

La princesa es una joven alta, esbelta, bien formada; su cuerpo tiene un aire de elegancia y de distinción muy pronunciado. Su tez lleva el calor del ámbar, sus ojos son grandes y color verde mar, su boca no es muy pequeña pero es sumamente graciosa, y la dentadura admirable.

La princesa tiene la frente grande y despejada, y hay en aquella mirada y en todas las actitudes, una manifestación de viveza y talento incontestables.

La princesa tendrá veintiseis años.

Arrojada, valiente, generosa, dotada de una alma grande, ha nacido para combatir; aquella mujer es el genio del peligro, todo lo abarca, todo lo comprende, es incisiva,

Se había propuesto salvar al emperador, y trabajaba con empeño y asiduidad incansables

¡Pobre joven luchar con el destino es la locura.

El viejo marido de la princesa adelantaba el entusiasmo de la joven, porque el príncipe amaba tiernamente á Maximiliano.

La princesa había recogidos datos en la capital sobre Clara y Guadalupe, por conducto de un oficial austriaco, que estaba en los secretos del emperador y se encontraba en Querétaro, donde llegaba después de haber intrigado en el campamento de Porfirio Díaz, donde también buscó apoyo para la solicitud de indulto del archiduque.

La princesa veía acercarse el postrer momento del emperador.

Era el 18 de Junio, víspera de la ejecución, y nada se había conseguido, sino la certeza de que Juárez no perdonaría á Maximiliano.

La princesa tenía instrucciones para gastar cuantas sumas fuesen necesarias para poner en salvo al archiduque; era el agente principal, y la empresa estaba en las únicas manos en que el éxito podía ser favorable.

La afligida princesa tocaba el último resorte; los tres días de plazo puestos por el gobierno, espiraban.

El emperador había arreglado todos sus negocios; las cartas que la princesa le había enviado por conducto de Guadalupe, llevaban la noticia de la muerte de Carlota.

Ignoramos con que objeto se hizo circular como cierta esta noticia.

Maximiliano lloró á su desventurada esposa creyéndola muerta, y esta pesadumbre le dió acaso más valor para sufrir el último y doloroso trance.

Maximiliano dejaba tras sí una familia ingrata, es decir no dejaba nada.

Guadalupe supo que al recibir el archiduque la correspondencia de la Salm Salm, había llorado amargamente.

La hermana del guerrillero confirmó sus celos, creyó que aquellos papeles encerraban una despedida, y maldijo á aquella mujer que acaso le arrebatara los últimos pensamientos del hombre de su amor.

Tenía celos de un cadáver.

II.

La princesa hizo la última tentativa: se dirigió á la casa alojamiento de Pablo Martínez, que era uno de los custodios de Maximiliano, después de haber intentado infructuosamente corromper la fidelidad del coronel Palacios, ofreciéndole doscientos mil pesos por proteger la fuga de Maximiliano, oferta que rechazó el honrado militar como una ofensa á su patriotismo.

Pablo Martínez estaba profundamente emocionado: al tocar el ala obscura de la venganza se sentía desfallecer; porque el emperador, si bien había engañado á su hermana, al menos no se había atrevido á profanar su pureza, ni había abusado de su alta posición para seducirla.

Pablo no tenía que vengar nada, porque hasta en la ocultación del rasgo y nombre del emperador, existía un fondo de honradez.

El guerrillero le cobró afecto al desgraciado monarca, é insensiblemente tuvo simpatía ante un infortunio tan grande.

Pablo Martínez dormía, porque le tocaba la última guardia, hasta entregar á Maximiliano á la justicia.

La princesa se encontró con Don Serafin, que educado en la alta sociedad mexicana, la recibió de una manera galante.

—Señora, en qué puedo servirlos, dijo el dandy en lengua inglesa, que era el idioma de la Salm Salm.

—Caballero, me felicito de encontrar una persona distinguida con quien hablar.

Don Serafin hizo una reverencia.

—¿Vos sois el amigo de corazón del teniente coronel Martínez?

—Servidor vuestro, señora.

—¿Me conocéis?

—Quién puede ignorar el nombre de la señora princesa.

—Bien; vos sois un hombre de corazón y vengo á fiaros mi secreto, á pedirlos el favor más grande que podéis hacer y que durante vuestra vida no volverá más á ofrecerse.

—Estoy á vuestras órdenes.

—No hay tiempo que perder, y seré breve.

—Hablad, señora.

—Se necesita salvar la vida del más desgraciado de los monarcas.

—¿De Maximiliano?

—Me habéis comprendido.

—Señora, yo soy impotente para una empresa tan difícil.

—Vuestra amistad con Pablo Martínez nos servirá para este trance.

—Señora, vos no conocéis á ese hombre, tiene un corazón de roca; además, que desconfía de mí; de su mayor amigo, al aventurar una sola palabra.

—Pues la aventuraréis, caballero, dijo la Salm Salm tomando una mano de Don Serafin.

Don Serafin se estremeció: hacía mucho tiempo que una mano delicada no se tocaba con la suya.

—¿La diréis, no es verdad?.....yo necesito esa palabra.

En ese momento Pablo Martínez se dejó ver en el aposento.

—La señora princesa desea hablar contigo para un asunto de sumo interés.

—No sé, dijo el guerrillero, en qué pueda servir á esta señora.

—Caballero, dijo la princesa á Don Serafin, dejadnos solos. El dandy saludó á la Salm Salm, y se retiró.

Quedóse un momento la joven viendo tenazmente al guerrillero, que cruzado de brazos, permanecía esperando que hablase la princesa.

—Hay un hombre, dijo al fin la dama, cuya vida me interesa y á la Europa y al mundo entero.

—¿Y bien?

—El hombre de que os hablo, se llama Maximiliano de Hapsburgo.

—No quiero ser descortés con una señora, pero la presencia de usted me compromete, me hace sospechoso á los ojos de mis compañeros; ruego á usted deje esta casa.

Pablo Martínez, tu eres un hombre rudo; pero á fuerza de estar entre todos los hombres de capacidad y de instrucción

que han abandonado sus bufetes y despachos para lanzarse á la revolución, estás al tanto de cosas que antes no se te alcanzaban, porque la propaganda de la palabra ha sido acaso más terrible que el estrago de las armas; tus jefes más bien son oradores que soldados; ellos han infiltrado desde la tribuna todas las ideas que han germinado en el corazón del pueblo, y dado el triunfo á la idea grande de la independencia.

—Es verdad, señora, es verdad.

—Tú sabe que el emperador debe morir, como el conde Raousset y Grab filibusteros en la Sonora, como Walker en Nicaragua, como Narciso López en la Isla de Cuba.

—Sí, lo sé que todos ellos han asaltado una nación, y que han muerto como piratas.

—Se te habrá dicho que el archiduque se le ha condenado á muerte como á un usurpador, cómplice de Bonaparte en los horribles asesinatos perpetrados por el ejército intervencionista en su nombre; autor de la circular de 3 de Octubre en que se decretada el exterminio de los republicanos; reo de insistencia después de las juntas de Orizaba y México; asesino de Arteaga y Salazar, á quienes se les aplicó el fatal decreto antes de publicarse en Michoacán; reo de lesa-nacionalidad, convicto ante el tribunal del siglo y las libertades!

—Sí, todo eso es verdad, dijo Pablo infuido por las palabras febriles de la princesa.

—Pues bien, no he ocultado nada de esos terribles cargos que pesan sobre el emperador; pero tú ignoras que él no ha obrado por sí, sino á impulso y bajo la influencia de Napoleón; que es inocente, que ama á México como vosotros, y que ahora lo que desea es alejarse para siempre de las playas mexicanas.

—Yo sé, señora, que el país está lleno de tumbas; que todos los amigos y compañeros han desaparecido bajo el gobierno de Maximiliano; que frente á Querétaro han derramado su sangre los jefes más queridos: ahí está esa gasa enlutada que lleva aún, señora; las balas del imperio me han arrebatado á un joven á quien amaba más que si hubiese sido mi hijo.

—Todo es cierto; ¿pero su sangre será el cauterio de vuestras heridas?

—Yo soy nada, señora, pero la patria es mucho; ella necesita reparación, y la hora ha llegado.

—Tu alma es noble y generosa, en tus manos está la salvación del archiduque.

—Señora, yo no he traicionado nunca, me ofenden esas palabras; es necesario que el emperador expie sus crímenes ó su fatalismo en un cadalso!

Lavantóse airada la princesa Salm Salm, y poniendo su delicada mano sobre el hombro del guerrillero, y lanzándole una mirada terrible, le dijo con voz ahogada:

—Busca en tu conciencia una sombra, Pablo Martínez; tú no recuerdas á la patria, tú quieres ejercer la más negra de las venganzas.

El guerrillero se estremeció.

—¿No es cierto que hay en tu alma un sentimiento impío, prosiguió la princesa sacudiendo el brazo de Pablo Martínez, que te obliga á ser terrible con el archiduque?

—Nó, no es cierto, murmuró aterrorizado aquel hombre.

—¿Es falso también que hubo una noche en que pretendiste asesinar al emperador, y que el cielo te envió un rayo antes que consumir el crimen? ¿Es mentira también que al volver de tu vértigo prometiste vengarte, y que has seguido los pasos del príncipe hasta gozarte en su agonía?

—Nó, yo no sé vengarme.

—Tú ignoras que yo puedo lanzarte á la vergüenza y á la deshonra, y tú eres impotente para llegar hasta una mujer.

—Nadie creará esas palabras, porque todos están al alcance de las pretensiones de la señora Salm Salm.

—Y si yo presento á tu hermana, que bajo un disfraz ha seguido al archiduque, porque sus relaciones han seguido á pesar tuyo, y se encuentra en el campamento?

El guerrillero sacó su pañuelo para pasarlo por su frente, que estaba inundado de sudor.

Al sacar el pañuelo, cayó de su bolsa un papel cuidadosamente cerrado.

Entonces la princesa, con una acción rápida como el pensamiento, fingió una escena cómica arrojándose á los pies del guerrillero, tomó el papel y lo puso entre el pañuelo, lo desdobló y leyó violentamente: "Contraseña para la noche del 18 al 19 de Julio.—Alerta."

—Perdonadme, Pablo Martínez, gritó casi sin contener su alegría.

—Señora, por compasión, diga usted que no es verdad lo que ha dicho.

—No, no es verdad; supe por acaso las relaciones de vuestra hermana con el emperador, y quise obligaros por ese medio á salvarle, compadeceos de una mujer á quien horroriza la idea de ver muerto á un noble príncipe á quien le debe el porvenir de su esposo.

—Señora, ya no puedo hacer.

Echóse el velo á la cara la princesa; ya estaba en su mano la clave; era una esperanza de salvación.

—Me queda el consuelo de haber cumplido con un deber sagrado; adiós ya no insisto, siga el emperador su destino.

La princesa salió, sin despedirse de Pablo Martínez y sin

saludar á Don Serafin, que instantáneamente se había enamorado de la princesa, y que se quedó petrificado al ver el frío desdén con que la Salm Salm pasó junto á él sin inclinar siquiera la cabeza.

III.

Llegó la princesa á su alojamiento, y se puso á escribir á Maximiliano.

“Señor, la contraseña para esta noche es *alerta!* Disfrazaos como mejor os sea posible; decid la palabra á los centinelas, á corta distancia tendréis caballos de posta. Estáis próximo á la libertad.—Yo estoy *alerta!* adiós.”

--Drick! gritó después llamando al oficial austriaco que acompañaba al emperador.

—¿Manda algo la señora princesa?

—Sí, enviad mis caballos á la esquina del convento de Capuchinas, haced que aposten otros en la garita de México, y esperadme en ese sitio: procurad que nadie se entere, pues va en ello la vida del emperador.

La princesa volvió á salir, tomó un coche y se dirigió á la fábrica del Hércules en busca de las Hermanas de la caridad.

CAPITULO TRIGESIMO SEGUNDO.

CELOS.

I.

En el aposento destinado en la fábrica del Hércules á las Hermanas de la Caridad, había un Crucifijo colgado á la pared.

Clara y Guadalupe yacían arrodilladas delante de aquella imagen.

Aquellas almas oraban en silencio por el reo de muerte.

El día 16 el emperador estaba ya en marcha para el patíbulo, cuando llegó la orden suspensiva por tres días.

Aquella prolongada agonía era un tormento horrible.

Arrebatado á un hombre de los brazos de la muerte, volverle á la vida por unos instantes más sin el deseo de salvarle, es una crueldad espantosa; suspenderlo sobre el abismo para que contemple la cima donde va á hundirse para siempre, era arrancarle el corazón á pedazos y extraer gota á gota la sangre de las arterias.

Guadalupe había oído las cajas y los clarines de la columna que servía de séquito á la muerte, y se había encerrado en su aposento para no oír la detonación de las armas, salva de la eternidad.

La infelice criatura había llorado hasta agotar sus lágrimas, y falta de aliento, helada como un cadáver, desarraigada de la vida, y sin más sostén que una naturaleza nerviosa y calenturienta, permaneció desmayada hasta que su amiga Clara, ese ángel de resignación, la despertó para decirle que aún no era llegada la última hora.

Guadalupe salió del sopor que la embargaba, limpió sus pupilas y se dirigió al cielo en una súplica ferviente.

Pasaron así dos días en la ansiedad y el desvelo sin alcanzar una sola ráfaga de esperanza.

II.

Ya hemos dicho que era el 18 de Junio cuando las Hermanas se recogían entre las sombras del aposento á orar por el infeliz sentenciado.

—¡Señor! decía Guadalupe fijando su mirada cubierta por las lágrimas en la imagen del Redentor, tú has probado el amargo cáliz del sufrimiento, has caminado al patíbulo con la frente ensangrentada y el corazón despedazado al recordar la angustia de una madre!.....¡á tí te alentaba el espíritu divino, estaba fuera de las miserias humanas, y sin embargo, lloraste y tu sudor de sangre empapó la tierra!.....¡Duélete de quien va á morir también al grito desesperado de un pueblo!.....

Compadécete de esa alma atribulada que va á desastrar sus lazos con el mundo!.....

¡Señor! ¡Señor! uno sólo de los rayos apacibles de tu misericordia.....¡una palabra de perdón!.....

La joven galopeaba su frente sobre las baldosas del aposento, y lloraba sin cesar.

Clara murmuraba aquella sombría y aterradora oración, á cuyas frases el corazón se paraliza y el alma se acerca á Dios, sintiendo en todo su ser el aliento magestuoso del Criador del universo, ese pavor solemne, ese respeto profundo, esa

íntima conmoción que debe sobrecoger el espíritu en la hora en que debe comparecer ante el tribunal de Dios.....

“Sal, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre, etc.”

Desde aquel aposento se rodeaba el espíritu del reo del incienso y oraciones que lo acompañarían en su tránsito á la vida eterna!

III

Unos toquidos dados á la puerta, sacaron de su contemplación á las jóvenes.

Guadalupe, con aquel instinto de las mujeres celosas, reconoció á la princesa Salm Salm.

Le dió un vuelco el corazón y se despertó á la agitada vida del mundo.

—¿Qué queréis, señora?

—El último sacrificio; es necesario que este papel llegue á las manos del emperador: Guadalupe, en nombre del cielo, haced que se le entregue.

—Me es imposible, señora estoy á punto de ser descubierta por mi hermano.

—¿Qué importa, si salváis á un hombre cuya vida no es tan cara?

Guadalupe se estremeció de celos.

—Señora, prosiguió la princesa, si mi existencia pudiera darse á trueque de la suya, derramaría hasta la última gota de mi sangre.

—Esto es demasiado, murmuraba Guadalupe.

—Vuestro hermano ha permanecido inexorable á mis ruegos; pero Dios los ha escuchado: poseo la clave para su salvación.

Tomad esta carta, señora; si llega á las manos del archiduque, está salvado, y partirá á Europa libre de las acechanzas de sus enemigos, alegre, feliz entrará á una nueva existencia; el sol vuelve á salir para él que ha sido siempre tan desgraciado; yo estoy pronta á acompañarle, á seguir á su destino, hasta verlo á bordo de la “Elizabeth,” que lo regresará á las arenas patrias; desde el mar os bendeciremos, Guadalupe vos sois un ángel de redención y misericordia.

—¡Libre!.....¡feliz!.....murmuraba la joven mexicana, y en compañía de la princesa!.....no, mil veces no!

—¡Resolvéos Guadalupe, en nombre de vuestra madre.

—Y ella, continuaba pensando la joven, se irá con él, la gratitud por tantos sacrificios llegará hasta el amor y me

olvidará, y sus recuerdos se apagarán, y mi cariño morirá como una flor estrujada por el arado!.....

—Resolvéos, por Dios, clamaba la princesa llena de angustia, porque las horas atravesaban violentamente.

—Señora, entregaré la carta al archiduque Maximiliano.

—Os repito que en ella va la salvación del príncipe.

—Descuidad, Señora, que dentro de breves instantes estará en poder del emperador.

—¡Sois un ángel! gritó la Salm Salm; y se arrojó al cuello de Guadalupe, que bañó su rostro con sus lágrimas.

Aquel llanto decidió de la suerte de Maximiliano.

La joven sintió que un dique de hierro se levantaba delante de su amor.

Al exaltarse en la fiebre espantosa de sus celos sonrió con desdén y profunda amargura, y apartó á la princesa que la estrechaba con emoción.

La joven extranjera salió llena de alborozo del aposento de las Hermanas de la Caridad á disponer la fuga del archiduque.

IV.

Luego que Guadalupe se quedó sola, fijó sus ojos en el papel que la Salm Salm había dejado en sus manos.

El sobre tenía puesto el lacre.

El huracán de las sospechas tornó á desatarse en su alma impresionada.

—¡Esa mujer me insulta! exclamó con rabia; ignora que esta carta abraza mi mano, que basta una sola mujer para hacerme desgraciada sin que ella venga á hacer más hondo el abismo que nos separa.

Guadalupe se arrojó en un sillón, y ocultando su rostro entre las manos, meditaba lo que debía hacer.

Después de algunos momentos se levantó decidida y abrió resueltamente la carta de la princesa.

Pasó la vista por aquellos renglones, repitió la palabra ¡alerta! contraseña para la noche del 18 al 19 de Junio.

—Ella lo espera, y se marcharán los dos al extranjero, y ella será el todo para él, y la amaré, y mi nombre no sonará en sus labios sino para acompañarme!.....no, este papel no penetrará las puertas de su prisión.....¡que muera!.....¿no llevo yo la agonía en el corazón? ¿no está mi existencia sepultada en un mar de lágrimas y de infortunio? ¿no viviré de hoy más en la desgracia hasta que Dios me arranque una vida llena de dolores horribles y de sufrimientos?

Sí, le lloraré muerto, pero no en brazos de otra mujer.

Yo quiero rezar por él, llorar.....morir; pero no ex-
crarlo desde el fondo de mi desgracia, ni derramar mis lá-
grimas sin esperanzal.....

Sí, ¡que muera! clamaba fuera de sí la infortunada joven;
esa mujer le olvidará, y nadie vendrá á disputarme un ca-
dáver encerrado en una tumba, allí será mío nada más, mío
para siempre!.....

Acercóse delirante y puso la carta sobre la llama de la
lámpara de la Virgen.

El papel comenzó á arder lentamente.

Presentó una flama azulada, que se fué extinguiendo
luego que la calcinación convertía en cenizas la última es-
peranza de aquella alma predestinada.

Aquellas cenizas vagaron un instante en la atmósfera y
se arrastraron á los piés de Guadalupe. 72 4

Hemos concluído, dijo la joven; está roto el ensueño de
esa insensata.....pobre princesa Salm Salm!

V.

Luego que cayó la noche, la princesa Salm Salm se situó
en una calle adyacente al convento de Capuchinas, última
prisión de Maximiliano.

Las horas pasaban.

La noche estaba quieta, pavorosa, solo se oía el grito de
los centinelas que se perdía como un eco en las cavidades de
una gruta.

Los caballos dispuestos para la fuga del archiduque, herían
con sus herraduras las piedras del embanquetado, como si
participasen de la ansiedad de la princesa.

Cada soldado que atravesaba, cada sombra hacía latir
con violencia el corazón de la joven.

En esta expectativa nerviosa y llena de angustias, la sor-
prendió la primera luz de la mañana.

Las campanas tocaron el Ave María, y los clarines salu-
daron la llegada del sol con sus toques de diana.

¿A qué esperar?

Todo había sido infructuoso!.....

La muerte del monarca estaba decidida. Era necesario
creer en el *destino manifesto*.

Las columnas comenzaron á desfilar á la sordina rumbo
al Cerro de las Campanas.

CAPITULO TRIGESIMO TERCERO.

EL PRESIDENTE JUAREZ.

I.

Desde Moctezuma II hasta nuestros días, es decir, en un
interregno que abraza tres siglos y medio en el que apare-
cen sucesivamente las grandiosas figuras de Cuautimotzin, Cui-
tlahuatzin y Hernán Cortés, el uno espirante en las llamas
del tormento sin ceder á la muerte un rayo de su patriotismo,
Cuitlahuatzin dando la batalla de la *Noche triste* y el feroz
conquistador haciendo resonar su acerada armadura en to-
do un continente, hasta esa comitiva vulgar, fantasmagoría
del virreinato enviada por la casa de Austria de fatídica enun-
ciación en América y por la de Borbon *reinante* en las Es-
pañas, hasta detenerse ante el arco triunfal levantado á la
Independencia Mexicana: desde Iturbide cuya falsa populari-
dad lo alzó en alas de la fortuna á la púrpura de un trono,
para exhibirle después en un cadalso, hasta Comonfort
suicidándose con su golpe de Estado la noche del 16 al 17 de
de Diciembre de 57, ningún hombre excepto el presidente
Juárez ha permanecido por más tiempo en el escaño del po-
der, ni legitimidad alguna se ha mostrado con tanta majes-
tad, ni tan deslumbradora bajo el sélio de la soberanía de
un pueblo!

Juárez, ese mito de los republicanos del siglo, adelantán-
dose á su época ha levantado el nombre de su patria á la
altura de sus destinos.

Bañado el espíritu de la revolución, firme en la piedra an-
gular del derecho y de la conciencia, sereno ante las tormen-
tas políticas, ni lo ha herido la justicia, ni doblegado las vi-
citudes, ni ensoberbecido el triunfo ni la victoria.

Jefes de una nación diezmada por la discordia civil, ago-
tada por la guerra extranjera, entregada sin piedad á la
conquista con beneplácito de la Europa, ha sostenido con
robusta mano el estandarte nacional vencedor en una lucha
sangrienta de cinco años, teniendo á sus piés un cetro he-
cho pedazos, desde la solemne majestad de su asiento lle-
vaba con atrevida mano el luto al mundo viejo, desde el
Estrecho de Gibraltar al Estrecho de Bhering.

Tal es el hombre que comparece hoy ante el juicio de la
historia sin inquietarse por su fallo irrevocable.